

## 1. INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

En la historiografía regional y en la memoria histórica de los habitantes de la península mexicana de Baja California, dividida en dos territorios desde 1931<sup>2</sup>, la expulsión de los jesuitas en 1767 por real decreto de Carlos III ha sido consagrada como uno de los acontecimientos más significativos de su pasado. Los comentarios en contra de la medida y a favor de los ignacianos son muy numerosos, dándose la paradoja de que más de un político y escritor poco o nada admirador de la Iglesia Católica haya levantado su pluma para elogiar las actividades de la Compañía de Jesús en la Baja California. En el informe presentado por Ulises Irigoyen en 1943 –tras recorrer la península a invitación del general Francisco F. Múgica, máxima autoridad del territorio, para determinar las medidas necesarias que impulsasen su desarrollo–, se considera el año de 1768 como «fecha luctuosa para la Península», pues fue entonces cuando tuvo lugar la expulsión de los jesuitas de sus respectivas misiones, quedando in-

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto «Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (s. XVI-XVIII)» (HUM2007-64126, MEyC). Agradezco a los compañeros y amigos Justina Sarabia, Lucila del Carmen Velasco, Patricia Osante, Ivonne Charles, Juan Gil, Consuelo Varela, Berta Ares y María Dolores González-Ripoll sus comentarios.

<sup>2</sup> El territorio peninsular se dividió en dos estados: Baja California (1952) y Baja California Sur (1974). Aunque la mayoría de las misiones jesuitas se encuentran en el estado sureño, hay tres de ellas en el norte: las misiones de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja, y la visita de Calamajué.

terrumpida la obra colosal que ellos habían emprendido, y añadiendo que: «Desde esa fecha y aunque sea vergonzoso confesarlo, no ha sido emprendida por los Gobiernos del México independiente ni del México revolucionario, ninguna obra seria. Mucho menos de la magnitud y el alcance de la desarrollada por los valientes y esforzados misioneros que poblaron y civilizaron la Baja California en un lapso de escasos setenta años»<sup>3</sup>.

Un siglo antes, los comentarios favorables a estos religiosos se pueden encontrar, por ejemplo, en un clásico bajacaliforniano, la *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, escrita por Ulises Urbano Lassépas en 1859 para defender a los habitantes de esa península de un decreto gubernamental que ponía en tela de juicio la validez de los títulos de propiedad de sus tierras. Según este político y escritor de origen francés, que llegó a Baja California como agente del Ministerio de Fomento en 1856, los jesuitas: «Con el título de administradores de los bienes temporales y espirituales de los indios, de los que se llamaban tutores, gracias a un sistema financiero cuyas rentas procedían de la explotación de la caridad y miedo de las llamas del infierno, se apoderaban de un país salvaje, lo cultivaban y gobernaban privativamente, según estatutos particulares. Era una confederacioncilla en un reino, un falansterio a las puertas de la sociedad cristiana, el comunismo evangélico en toda la pureza y virtud de sus preceptos»<sup>4</sup>. Pocos años antes, la edición en castellano de la obra póstuma de Francisco Javier Clavijero, *Storia Della California* (2 vols., Venice, Modesto Fenzo, 1789), despertó la admiración de muchos mexicanos. El editor señaló en el prólogo del libro que el lector encontraría muchas cosas que admirar «y por más

<sup>3</sup> Ulises Irigoyen, *Carretera transpeninsular de la Baja California*, 2 tomos, México, Editorial América, 1943, t. I, p. 262.

<sup>4</sup> Ulises Urbano Lassepas, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, prólogo de David Piñera Ramírez, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1995, pp. 60-61. [Primera edición *De la Colonización de la Baja California y decreto de 10 de marzo de 1857. Primer Memorial*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1859].

que en estos tiempos de duda y de irreligiosidad haya algunos dispuestos a negar que puedan existir la abnegación y el sacrificio sin fin humano, nadie podrá dejar de conceder un tributo de admiración y respeto a aquellos venerables apóstoles»<sup>5</sup>.

Más recientemente, el principal manual de historia de la península, leído por miles de escolares –la *Historia de Baja California*, de Pablo L. Martínez, editado por primera vez en 1957–, señala sobre la obra de esta orden: «Nosotros creemos que el valor positivo de la penetración jesuita en Baja California subsistirá a través de las edades; y que las dimensiones de dicha obra se agigantarán más y más al ser conocidas en su justa proporción»<sup>6</sup>. Por último, Alfonso Alfaro ha escrito que la expulsión «precipitó la búsqueda de un destino autónomo por parte de los sectores dirigentes, y dejó el campo libre para la colonización anglosajona de los territorios que más tarde habrían de pasar a formar parte de los Estados Unidos»<sup>7</sup>.

Basten estos testimonios para demostrar la importancia de los jesuitas y su expulsión en la historia peninsular. Sin embargo, no se ha dedicado hasta ahora ninguna monografía a estudiar el exilio en profundidad. Sí encontramos referencias en varios libros y, al menos, hay un artículo dedicado al extrañamiento de los ignacianos. Pero la enorme historiografía dedicada en los últimos años tanto a la Compañía de Jesús en América, como a las consecuencias (pastorales, económicas, sociales y culturales) de su expulsión, ameritaban una nueva mirada hacia la lejana península de Baja California, que ha quedado olvidada por los especialistas más concienzudos. Además, con mi aportación quiero llenar un vacío historiográfico poco

<sup>5</sup> La cita pertenece a «El Editor», que encabeza la obra de Francisco Javier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, traducida del italiano por el presbítero don Nicolás García de San Vicente, México, Imprenta de Juan R. Navarro, editor, 1852, sin paginar.

<sup>6</sup> Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California*, [1ª edición, 1956], La Paz, Patronato del Estudiante Sudcaliforniano-Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1991, p. 256.

<sup>7</sup> Alfonso Alfaro, «La educación: los nudos de la trama», *Colegios jesuitas. Artes de México*, 58 (2001), p. 11.

explicable: el único relato de la salida de los padres, escrito por el padre alemán Benno Ducrue, superior de las misiones en 1767, sigue inédito en castellano a pesar de su interés y de los años transcurridos desde su publicación original en latín y sus traducciones al alemán, francés e inglés<sup>8</sup>.

La expulsión de los jesuitas del imperio español ha sido objeto de creciente atención por parte de los historiadores desde la década de los noventa. Entre las razones que podemos enumerar para explicar este interés las hay de dos tipos: unas generales, que están relacionadas con la sensibilidad creciente por los problemas de marginación, emigración, persecuciones y exilios en la España moderna y contemporánea<sup>9</sup>; y otras más particulares que tienen que ver con el estudio de la Compañía de Jesús, sin duda la orden más analizada de todas las que están regidas por el obispo de Roma. Los múltiples campos en los que actuó desde su fundación, su capacidad para influir en diferentes sectores sociales y su protagonismo en episodios decisivos de la historia universal, la han encumbrado como un tema de constante interés historiográfico. Pero, además, habría que añadir dos cuestiones significativas. La primera tiene que ver con la apertura hacia los temas iberoamericanos que se viene generalizando en las universidades y centros de investigación españoles desde la década de los noventa. La Compañía de Jesús fundó colegios y misiones en todo el imperio hispano, lo que facilita los estudios comparativos tan en boga. Incluso se ha escrito que los jesuitas fueron los primeros globalizadores del planeta, pues su interés por lo divino y lo humano no tenía fronteras. Además, los nuevos retos historiográficos le sientan bien a los estudios sobre el universo jesuita, multipli-

<sup>8</sup> Ernest J. Burrus (ed.), *Ducrue's account of the expulsion of the jesuits from Lower California (1767-1768)*, Roma-St. Louis, Jesuit Historical Institute-St. Louis University, 1967.

<sup>9</sup> Entre los últimos libros que abordan el problema, véase Jordi Canal (ed.), *Exilios: los éxodos políticos en la historia de España, siglos xv-xx*, Madrid, Silex, 2007; Henry Kamen, *Los desheredados: España y la huella del exilio*, Madrid, Aguilar, 2007; y José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, 2 vols., Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005.

cándose las monografías y artículos sobre los libros, los lectores, las imágenes, los métodos de aculturación, el mestizaje de ideas y de mentalidades, etcétera. La segunda cuestión está relacionada con la cantidad y calidad de los documentos generados por la Compañía que se guardan en los archivos y bibliotecas de medio mundo. En el caso concreto que abordamos en este trabajo, los minuciosos inventarios redactados y recopilados por los funcionarios de Carlos III han permitido que un buen número de investigadores, profesores y becarios pudieran realizar encomiables investigaciones sobre los jesuitas y su exilio de España y de sus dominios ultramarinos.

Varios de estos estudios han coincidido en considerar la expulsión de 1767 como un evento excepcional para descubrir claves fundamentales de la política y las ideas (religiosas, diplomáticas, sociales y económicas) de las monarquías absolutistas de la segunda mitad del siglo XVIII, como ha demostrado el volumen coordinado por Manfred Tietz, *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo en la Europa del siglo XVIII*, donde se incluyen artículos dedicados a la ciencia, el arte, la literatura, la música, la organización interna, las misiones, la pastoral y las polémicas sobre la Compañía de Jesús. Temas que también han inundado las revistas y los congresos generales: un aluvión bibliográfico capaz de llenar cientos de anaqueles, siendo una de las particularidades de esta historiografía su carácter internacional, pues internacionales son –hoy como ayer– los intereses y los hombres que forman parte de la Compañía<sup>10</sup>.

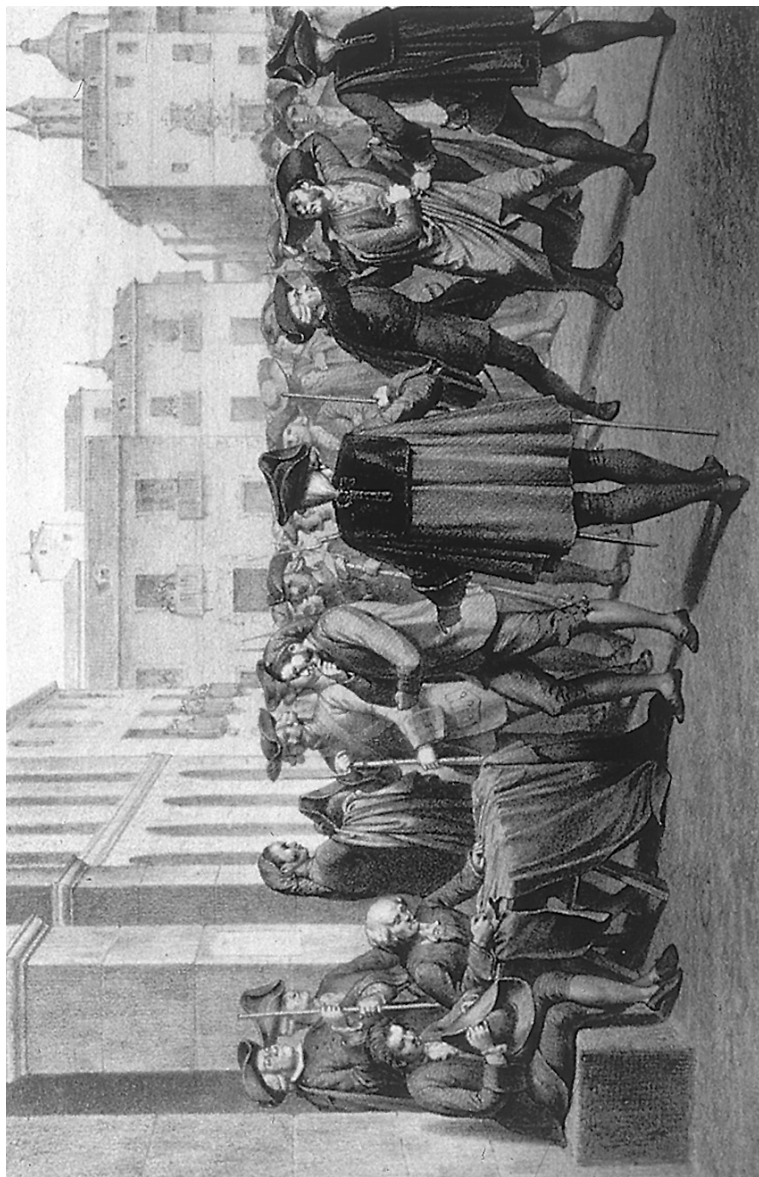
Los estudios sobre la expulsión de 1767 han comenzado con revisar el origen de la desgracia jesuita: el motín de Esquilache. De forma violenta y a primera vista improvisada, la plebe madrileña tomó la capital, obligando al rey Carlos III a derogar varias medidas im-

<sup>10</sup> La ficha bibliográfica completa es: Manfred Tietz (coord.) y Dietrich Briesemeister (colaborador), *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo en la Europa del siglo XVIII. Actas del Coloquio Internacional de Berlín (7-10 de abril de 1999)*, Frankfurt am Main, Iberoamericana y Vervuert, 2001.

populares que habían enfurecido a diversos sectores sociales. Las noticias corrieron como la pólvora por diversas villas y ciudades del resto de España, sucediéndose graves motines que cada día venimos conociendo mejor gracias a los numerosos artículos y libros dedicados a ellos, casi siempre desde una óptica local o –como mucho– regional. Un apasionado de estos temas fue el catedrático zaragozano Carlos Corona, autor de una treintena de trabajos a lo largo de su vida; otro, el historiador Constancio Eguía Ruiz, quien editó hace seis décadas *Los jesuitas y el motín de Esquilache* en la editorial del CSIC (Madrid, 1947), libro superado por el exhaustivo trabajo de José Andrés-Gallego, profesor de investigación también del CSIC, quien ha escrito una monografía dedicada a las causas, visiones y consecuencias del motín de Esquilache, grave suceso ocurrido durante la Semana Santa de 1766<sup>11</sup>. El citado historiador ha redactado una obra ambiciosa, ensamblando diversos enfoques, desde los socio-económicos (crisis de abastecimiento, protesta social y causas medioambientales) a los políticos y culturales, (tensiones sociales, los rumores, las sátiras, los pasquines y los debates ideológicos), extendiendo su mirada a ambas orillas del Atlántico. La aparición de *El motín de Esquilache, América y Europa* demuestra, a mi entender, dos cosas: una apuesta de José Andrés-Gallego por el significado (hasta ahora no desvelado) del motín para explicar y entender la España dieciochesca y una insatisfacción por las explicaciones clásicas (complot o crisis de subsistencia), lo que le obliga a buscar, aprender y adaptar nuevos métodos históricos y a recuperar otros olvidados, como la historia diplomática, para diseccionar lo ocurrido en 1766.

El motín de Esquilache fue el resultado de varias causas. En primer lugar, de las adversas condiciones climáticas, que originaron heladas, escasez de granos y el alza de los precios, principalmente del pan, coyuntura desfavorable que no bastó para detener la apli-

<sup>11</sup> José Andrés-Gallego, *El motín de Esquilache, América y Europa*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.



*El corte de las capas y sombreros fue la mecha que provocó el Motín de Esquilache. Grabado del siglo XIX.  
Biblioteca Nacional, Madrid.*



cación de diversas reformas traumáticas como la liberalización de los granos. El malestar se extendió por todo el reino a causa de otras medidas urbanísticas, hacendarias e higiénicas. El decreto para acortar las capas y desterrar los chambergos fue la gota que colmó el vaso. La tesis del motín por causas económicas no es nueva, pero José Andrés-Gallego profundiza en sus consecuencias y aporta un cuadro más completo gracias a las nuevas fuentes que ha trabajado. Lo mismo ocurre con otra tesis tradicional: el complot aristocrático. Un importante grupo de nobles se sintió relegado por la presión fiscal, la reorganización de las rentas y su destierro de los centros de decisión política. Sin llegar a aportar pruebas concluyentes (pero sí indicios más que sobrados), el autor señala al duque de Alba como impulsor oculto de las protestas. Su círculo habría alentado a los jesuitas (ya indignados por el creciente antijesuitismo del gobierno borbónico) a participar en los alborotos de forma directa (criados que alentaban a las masas) o copiando y distribuyendo cientos de pasquines y sátiras que desprestigiaban a los secretarios reformistas y a la figura del monarca. Aunque no se hace un estudio de los contenidos de esos escritos (un tema pendiente de gran importancia), el autor destaca la trascendencia de los aspectos literarios y simbólicos en los meses posteriores al motín. Esta protesta de tinta y papel impulsó una pesquisa secreta, encargada a Campomanes<sup>12</sup>, y terminó con la acusación exclusiva y a todas luces exagerada de ser los jesuitas los causantes del motín. Pero en el camino, las averiguaciones pusieron al descubierto las implicaciones eclesiásticas, el malestar de la Iglesia en general y de algunos prelados en particular, y el deterioro moral que para muchos se había instalado en el cuerpo de la Monarquía desde la llegada de Carlos III.

Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, originario de Sicilia, acaparó un gran poder político desde su llegada a España, lo que le valió un creciente odio de nobles, eclesiásticos y distintas ca-

<sup>12</sup> Teófanos Egido e Isidoro Pinedo, *Las causas «gravísimas» y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994.



pas sociales. Sus ansias de poder y de control no tenían límites, llegando a situaciones paradójicas de dar órdenes contradictorias según el canal elegido. Su debilidad estaba en «poner por obra lo que pensaba que era bueno, sin pararse en las consecuencias»<sup>13</sup>. Al poco de ocupar su secretaría, el marqués se convirtió en el prototipo de político ilustrado, de fuerte anticurialismo, de actividad desbordante, capacidad increíble, pero de ansia incontrolada, por lo que acumularía las quejas y las dudas de medio país y medio imperio. Lo curioso es que el bando que le llevó al exilio (el de acortar las capas y deformar el chambergo) fue en su origen obra de otro secretario, el de Gracia y Justicia, Manuel de Roda: un personaje fascinante que movió los hilos de la política con gran maestría en la España de Carlos III.

Los nuevos estudios sobre el motín de Esquilache permiten dibujar un panorama complejo de los problemas internacionales de la Corona española. Las embajadas en la capital no fueron ajenas a los acontecimientos, empezando por el nuncio papal y terminando por los embajadores de Inglaterra, Francia y Portugal. En estas dos últimas naciones, los jesuitas habían sido expulsados pocos años antes. Esta dimensión internacional ayuda a explicar el desarrollo de los acontecimientos y el eco que tuvo en Europa y en América, donde los pasquines y las noticias europeas se pueden encontrar en toda la monarquía: desde Chihuahua a Chiloé y desde Manila a México<sup>14</sup>. La perspectiva internacional ha sido una de las características de los nuevos estudios sobre la expulsión, obligando (por la vastedad de la documentación y de los territorios a estudiar) a crear equipos de investigación en varias universidades y centros de investigación.

<sup>13</sup> Andrés-Gallego, *El motín de Esquilache ...*, p. 60.

<sup>14</sup> Eva María St. Clair Segurado analiza y edita varios textos significativos de la polémica sobre los jesuitas, que fueron recogidos por la Inquisición mexicana, en su libro *Flagellum Iesuitarum. La polémica sobre los jesuitas en México (1754-1767)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.